



¿QUÉ ES UN PARTIDO POLITICO

POR ALICIA MOREAU DE JUSTO

AÑO 1952

La política¹ es la dirección de la vida colectiva. Dirección implica conducción y, a la vez, conocimiento de una meta a alcanzar. En otros términos: política es la suma de acciones que se traducen en prácticas, costumbres, medidas, leyes que hacen que la vida de un pueblo se realice en una forma determinada. En todo ello hay una parte consciente y voluntaria y otra que escapa a estas condiciones por ser el producto de la vida pasada y, por lo tanto, irremediamente determinada ya para cada generación que asciende a la vida política.

Ningún político, por grande que sea su influencia, puede prescindir de todo ese pasado. Un conservador inglés no es el mismo que un conservador español o un argentino. Un socialista francés difiere de un noruego, de un alemán, o de un americano. Aun cuando puedan coincidir en sus concepciones teóricas, si son llevados a la realización de las mismas, diferirán profundamente no sólo por las irreductibles distancias individuales, sino porque, unos y otros, obrarán sobre seres vivientes que se distinguen por lo que son hoy y por lo que fueron los incontables antepasados que en ellos sobreviven socialmente bajo las creencias, costumbres y tendencias tanto como, biológicamente, en la forma de su cráneo, el color de su piel y de sus ojos. Esta es toda la distancia, que estos tiempos ofrecen a nuestra contemplación, entre la socialización británica y la soviética.

Este enorme e inevitable lastre que la acción política encuentra en su empuje es, a menudo, olvidado en el proceso imaginativo, de ahí que, tantas veces, la concepción idealista caiga como Icaro, con las alas destrozadas al primer ensayo de realización.

La conducción es, dijimos, acción con una dirección determinada e implica lucha porque otras fuerzas obran en el mismo medio social para imprimir un movimiento distinto, una distancia de conducción. La lucha no se realiza sin pasión, sin un gran gasto vital, sin vencedores y vencidos. Es la existencia misma del grupo social la que está en juego en cada instante, junto con la determinación de su futuro.

No todos comprenden la amplitud y profundidad de la acción política. La conciben como el interés de un grupo más o menos pequeño y no como el interés de la totalidad. Tal estado de espíritu es frecuente entre los que se han visto privados injustamente de medios de acción en el campo político; los grupos por esta razón socialmente inferiores: las mujeres, los marcados por su nacionalidad sometida, su raza o su religión, y- en sentido inverso- los excesivamente privilegiados que no conciben siquiera la posibilidad de un cambio y lo subordinan todo a la persistencia de sus privilegios. *En la medida en que el individuo se siente ligado al cuerpo social en un comercio de reciprocidad se despertará en él el interés y el sentido de la responsabilidad política en una percepción global.*

FINES DE LA POLÍTICA: La política es conducción hacia un fin determinado y, por lo tanto, tan importantes son los medios de conducción como la determinación del fin. Concebir a éste, es establecer la relación del individuo con la sociedad- de la parte con el todo- es relacionar al hombre con la naturaleza y asignarle en ella un lugar, ligar el presente con el pasado y buscar la trayectoria hacia el futuro.

En las más antiguas legislaciones religiosas y civiles han estado presentes aunque no siempre expresados. Los sistemas filosóficos han sido, si bien se mira, intentos para ordenar esos conceptos y ofrecer a los hombres, gobernantes y gobernados una explicación de lo existente, su justificación o su crítica, la razón de su persistencia o la necesidad de su cambio.

Siendo la política acción (apoyada en el conocimiento: ciencias políticas) se podría señalar en ella dos polos opuestos: la acción conservadora y la acción renovadora. Están por un lado los hombres que consideran que lo existente no debe cambiar porque es la seguridad, el equilibrio, la prosperidad del grupo humano.

Están por el otro los que piensan que lo existente no satisface porque no da a todo el grupo social seguridad, ni equilibrio, ni prosperidad. Alrededor de estos dos polos se han concentrado todos los esfuerzos y las sucesivas etapas históricas, a menudo, han transformado en conservadoras las fuerzas en un tiempo renovadoras. Los grupos o clases llegan al poder venciendo la resistencia de los que lo detentan y, en ese esfuerzo, los renovadores o revolucionarios ponen en juego cuantos medios

(1) En ningún momento- aún hablando de política totalitaria- empleamos la palabra en su sentido vulgar y peyorativo. La política no puede ser el arte del acomodo, el disfraz del soborno, el pretexto de la avaricia de dinero o poder, la máscara de la aventura, el manto que recubre la indecencia o la podredumbre.

Este aspecto, el más hiriente, aleja a los hombres dignos, a las mujeres de sentimientos delicados, a muchos espíritus cultivados y superiores y permite que la función ciudadana sea menoscabada y burlada con gran daño para la nación entera, cuya suerte cae en manos de los oportunistas audaces.

tienen para alcanzarlo. Una vez obtenido, a su vez se oponen a todo lo que tienda a la renovación, al cambio. De revolucionarios se vuelven conservadores.

En este largo proceso que ocupa toda la historia- ¿ y por qué no la prehistoria?- y que continuará sin duda a través de las edades futuras (pues la vida individual o colectiva implica un esfuerzo de superación mientras es creadora) cada uno de nosotros se sitúa en un momento determinado, el que le ha tocado vivir. En este momento debemos elegir: ¿ estaremos del lado de lo que conserva o del lado de lo que renueva?.

Esta elección revela al hombre. Si ella obedeciera sólo a razones de orden económico sin duda alguna cuántos tienen bienes, situaciones hechas, privilegios, estarían con tendencias conservadoras y, en cambio, los que poco o nada tienen se agruparían en el otro polo, junto a las fuerzas de cambio y renovación. La realidad política no responde a tan sencillo esquema que haría mucho más recta y fácil la marcha histórica. Muchos siervos se han hecho matar por defender los derechos del señor y, a menudo, algunos privilegiados de la fortuna la han abandonado para ponerse del lado de los desheredados abriéndoles el camino hacia la conquista del bienestar y del poder que lo da.

Algo más que el interés personal lleva pues a los hombres en su elección del campo político: sus ideas, sus sentimientos y, a menudo, fuerzas más difíciles de definir o expresar: simpatías, tendencias y oscuros impulsos instintivos. Por esto decíamos: la elección revela al hombre y, a veces lo revela a sí mismo.

PARTIDOS POLÍTICOS: Agrúpanse los hombres empeñados en la lucha política y constituyen así diversos partidos. La importancia de éstos ha crecido a medida que la sociedad ha pasado de las formas autócratas de gobierno, a las democráticas.

Alrededor del Príncipe hay grupos, facciones, camarillas que apoyan, intrigan o combaten junto al señor o en contra de él o de sus ministros. Siempre son núcleos pequeños, alejados del resto de la población cuya suerte ellos determinan, ante la completa incapacidad sino la indiferencia de ésta. Sólo los conflictos religiosos, que en el pasado ponían en acción grandes secciones de pueblo, pueden ser comparados con las actividades políticas modernas –las que caracterizan la era democrática-, actividades cuyas corrientes agitan las masas populares tanto más profundamente cuánto más elevada es la capacidad, la madurez mental, la cultura de las mismas.

Desde el establecimiento del sufragio universal masculino y, más aún, desde que se ha extendido este derecho a las mujeres, se produce en cada votación una movilización casi total de un país para lo que se llama sus representantes, en los cuales delegan temporariamente la facultad de dirección política. Hombres y mujeres deben, en un momento dado, decidir quiénes han de sancionar y aplicar las leyes, administrar la justicia, cobrar impuestos, disponer de las sumas más o menos cuantiosas que entrega el trabajo colectivo para fines también colectivos, mantener la paz o decidir la guerra, en una palabra, para asegurar la existencia, el bienestar y el posible progreso.

Tan complejas y graves cuestiones quedan resueltas – o no- por vías y medios diferentes. Se puede querer una nación militarista y opresora, permanente peligro para sus vecinos, o una nación pacifista dispuesta al entendimiento internacional. Se puede despilfarrar los dineros públicos en obras inútiles, en burocracias hipertrofiadas, o invertir los fondos en trabajos de aplicación inmediata y valor social, reduciendo los gastos administrativos a lo estrictamente necesario. Los votantes deben por lo tanto tener conocimiento de tales problemas de significado vital para ellos, deben comprender las soluciones posibles y decidir las que concitan sus simpatías, las que consultan sus intereses.

Una elección - si tiene ese contenido- es, pues, un alto en el camino que cada pueblo hace para contar sus fuerzas y decidir (en cuanto le es dado hacerlo) el camino a seguir.

Los partidos políticos son los instrumentos naturales de este proceso, de ahí que su nacimiento y desarrollo sean característicos de la democracia.

Es evidente que toda la población de un país está abarcada por los diversos partidos políticos. Estos agrupan los hombres y mujeres más activos, los que comprenden con más claridad la inquietud que los grandes problemas colectivos despiertan, no sólo por su significado actual sino también por su proyección en el futuro y unen, sobre todo, a los que, con más intensidad, se sienten penetrados por el instinto y el sentimiento del grupo al cual pertenecen.

Cuando una nación pasa por una crisis endógena o refleja, cualquiera sea su gravedad, el interés político se despierta y los partidos cobran un nuevo vigor. Los ciudadanos adquieren la conciencia de su responsabilidad obnubilada a menudo en los períodos de bonanza, tal como la enfermedad despierta en el individuo el deseo de la vida higiénica que puede conservar su salud. Los partidos políticos se vigorizan o bien mueren definitivamente cuando, pasada la crisis, dejan de responder a una real necesidad del cuerpo político. Así los partidos monárquicos cuando subsisten en una

república, después de la revolución que dió origen a ésta, permiten pronosticar, si tienen fuerza, inestabilidad de la república por insuficiencia de conciencia democrática, y cuando llegan a desaparecer o atenuarse hasta carecer de gravitación, significan que la vida republicana adquiere una base cada vez más amplia y sólida en el espíritu de la población. Tal aconteció en Francia, por ejemplo, después de las series de restauraciones monárquicas que siguieron a la revolución de 1789 hasta que, definitivamente instalada la III y, después de la última guerra, la IV República, la tendencia democrática parece incorporada para siempre al pueblo francés. Sin embargo, el espíritu autoritario, esencia de la política monárquica, reaparece en los grupos nacionalistas, derechistas, fascistas y ahora degaullistas que han actuado en el escenario francés en el último medio siglo.

La vida democrática ha favorecido la constitución y desarrollo de los partidos y, a su vez, la organización y orientación de éstos condicionan la vida, solidez y fecundidad de las democracias.

Desde el momento en que los partidos agrupan a los hombres de acuerdo con sus opiniones e intereses, es evidente que podrían existir tantos como variantes hay en éstos. Pero el hecho rara vez se produce pues en la solución de los grandes problemas políticos que importan a la vida de una nación, los diversos puntos de vista pueden centrarse siempre alrededor de los dos polos que hemos señalado: conservación o renovación.

La observación de lo que pasa en las naciones modernas conduce a esta conclusión: donde la vida democrática se ejerce más o menos libremente existen partidos diversos que responden aproximadamente a las clases sociales enfrentadas en sus intereses económicos. Los partidos políticos representarían, según este esquema simplificante, los instrumentos genuinos de la lucha de clases: por un lado el partido del proletariado, por el otro el del capitalismo. La realidad es más compleja. Cualquiera sea el país que consideremos, ni todos los proletariados están agrupados en un partido político ni todos los que pertenecen a la clase capitalista en otro. Existen numerosas variantes debidas, como ya dijimos, a la intervención de otros factores que no son precisamente económicos, sino morales.

En Inglaterra donde, en estos días, la polarización que hemos señalado es muy marcada, actúan como contendientes laboristas y conservadores. Si bien los laboristas cuentan con los grandes sindicatos, ¿puede afirmarse que el partido conservador reúne solamente a los poseedores de fortunas, privilegios y situaciones sociales que no soportan cambio alguno?

En nuestro país, ¿está el partido conservador constituido únicamente por los poseedores de bienes? Han votado por él, durante el período de su predominio, los pobres peones de estancia que ganaban salarios miserables y vivían en condiciones inferiores a las de los animales que cuidaban; han votado los hombres que habitaban tugurios y ganaban jornales de hambre. Y aun cuando puede afirmarse que gran parte de esos votos eran obtenidos por la presión del "patrón" y el engaño del caudillo, muchos eran, y son aún, los que, pertenecientes a las clases más pobres, apoyan con sus sufragios la persistencia de los amos de la fortuna.

El *Partido Socialista*, nacido de la clase obrera y constituido para su defensa, no reúne los sufragios de todos los trabajadores del campo y de la ciudad. Si así fuera habría realizado, en más de medio siglo de existencia, una extraordinaria obra de transformación social. ¿Es que no existe en la clase más desheredada conciencia de su miseria? ¿Carece de aspiraciones a una existencia mejor? Es difícil pensarlo. Fáltale en realidad la comprensión de los medios a emplear para que tal situación desaparezca, fáltale la concepción de una trayectoria ideal a recorrer para alcanzar, *como clase*, una condición de vida más en armonía con nuestro concepto actual de lo que debe ser la existencia humana.

Al mismo tiempo, se incorporan al Partido Socialista, aquí y en el resto del mundo, hombres y mujeres que, por sus condiciones económicas, podrían clasificarse como pertenecientes a la clase media y, por sus aptitudes intelectuales, con capacidad para elevarse hasta la situación mas afortunada. Algunos, nacidos entre los más privilegiados, también se asocian a un movimiento político social que se declara enemigo de los privilegios de los cuales han gozados sus padres.

Podemos pues afirmar que, si en términos muy generales, los partidos políticos corresponden a los grupos sociales de acuerdo con sus condiciones económicas, intervienen en su formación tal número de factores de orden moral e intelectual que se modifica su composición de manera que *las características de un partido proceden de sus doctrinas, y de sus fines más que de la uniformidad del nivel económico de los hombres que se inscriben en sus registros.*

PARTIDO ÚNICO: Si tal influencia tienen en la vida los factores morales e intelectuales: tradición familiar, creencias, costumbres, afinidad sentimental, concepciones teóricas acerca de la naturaleza y porvenir del hombre, mal puede admitirse la necesidad de un partido único como condición

indispensable para que un pueblo pueda entrar en la nueva fase técnico-económica traída por el incontenible progreso científico, justificando la concentración del poder político como consecuencia obligada de la concentración técnica.

El partido único, tal como existe en todos los regímenes totalitarios, anula forzosamente el juego de esos factores morales que señalábamos, priva a los hombres de la vida espiritual que puede quedar involucrada en la actividad política y transforma a ésta en un ejercicio mecánico que tiene alma sólo para los partidarios del régimen, convencidos de su derecho de ahogar el pensamiento y forzar la voluntad de los no conformistas.

Contrario fundamentalmente a la naturaleza humana este dominio es artificial y, por lo tanto, transitorio. Dura mientras dura la persecución y el terror. Los días que vivimos nos han traído la prueba mas acabada de ello.

En Alemania, Austria, Italia, el restablecimiento de la libertad de sufragio ha hecho reaparecer los partidos que tenían arraigo en el espíritu de las gentes y respondían a sus inclinaciones y opiniones. El socialismo ha resurgido con tal vigor que ha llegado al poder en Austria, está cerca de él en Alemania y lo estaría en Italia si una desgraciada división no hubiese, desde la primera hora, traído confusión e indecisión en la masa trabajadora.

En los demás países europeos, no dominados por el nazifascismo pero contenidos momentáneamente por la guerra o anulados por la ocupación enemiga, los partidos políticos han reaparecido obedeciendo a esa polarización básica que señalábamos: conservadores o renovadores, aun cuando los más típicos conservadores, los católicos, por ejemplo, acepten ahora algunas de las ineludibles transformaciones impuestas por los nuevos tiempos. No dudemos del resurgimiento del socialismo en España, después de la caída del falangismo, ni de su reaparición en todos los países copados por una dictadura, pues en él se unen, en forma cada vez más estrecha, el amor a la libertad –esencia de la democracia- y la dirección hacia la justicia social que *impone un sentido humano* al gran proceso técnico económico que transforma la producción y distribución de la riqueza.

El partido único, tal como lo hemos visto funcionar en la Italia fascista, en la Alemania nazi, en la Rusia comunista y en las democracias populares creadas a su influjo, suprime sencillamente todos los partidos de oposición al gobierno y todo movimiento de opinión que, sin denominarse político, tiene un significado contrario al que el gobierno impone en cualquier expresión del pensamiento, ciencia, arte, periodismo, gremialismo. Hasta el simple esparcimiento popular, como es el deporte, entra a formar parte de la máquina gubernativa. El ideal de semejante sistema sería un ejército de “robots” dotados de alguna iniciativa e inteligencia que nunca excedieran la voluntad oficial.

Lo que en esta tragedia –admirablemente llevada hasta su acto final por Orwell ¹- introduce un elemento histriónico, es la conservación del aparato del sufragio universal. Los países de partido único han votado y votan, aun cuando de antemano se sepa el resultado de los comicios. Para oponerse al él se necesitan convicciones y temple heroicos, dado que es sabida con anticipación la inutilidad del esfuerzo y, cuando éste es posible, signifique una nueva tortura moral, una nueva derrota, un nuevo quebrantamiento. Pero los países totalitarios conservan el aparato externo pues creen así engañar a sus contemporáneos, torcer el juicio de la historia y, por otra parte, les da derecho a intervenir en organismos internacionales como lo son las Naciones Unidas y sus organismos derivados, creados sobre todo para la defensa de la democracia.

LA OPOSICIÓN POLÍTICA: La supresión de la oposición política al gobierno puede hacerse bruscamente, cuando ese gobierno procede de un golpe de mano militar, de una revolución violenta, o gradualmente, tal como acontece en nuestro país. No podemos olvidar el episodio del gobierno de facto, disolviendo los partidos políticos por decreto de diciembre de 1943, creyendo sin duda que la conciencia de un pueblo se puede mandar al calabozo. Resurgidos los partidos políticos, sin modificación alguna, y queriendo conservar la apariencia constitucional para tranquilidad de una parte de la opinión pública y para fines internacionales, la lucha contra la oposición toma hoy la forma de persecución a la prensa partidaria o independiente, la estricta y a menudo arbitraria vigilancia policial de los actos públicos, la intromisión abierta de la policía secreta en todos los actos de propaganda y en la vida interna de los partidos, el desplazamiento de éstos en cualquier circunstancia de lugar o de tiempo en que puedan competir con el partido oficial y el aparato de vigilancia, denuncias y temor que lenta, gradual, pero inexorablemente ejerce su presión sobre hombres y mujeres que, carentes de fuertes convicciones políticas, no quieren arriesgar su bienestar económico o su tranquilidad en defensa de un ideal que no alcanzan plenamente.

1 En su libro 1984

Hitler, Mussolini, Stalin han utilizado por igual un gran espantajo colectivo: el enemigo en acecho, interno y externo. En un pueblo vencido, como el alemán, existe siempre un hondo resentimiento, un complejo de inferioridad que pesa sobre casi todos los hombres que no quieren atribuir su derrota y su miseria a ellos mismos y necesitan descargar su odio y su temor sobre otros. Mussolini no arrastraba un pueblo vencido sino defraudado por las magras ganancias de la victoria y Stalin sigue explotando el miedo, nacido en los primeros días de la revolución, cuando ésta debía defenderse contra la reacción del régimen capitalista. Hoy, Rusia victoriosa en la segunda guerra, fuertemente militarizada y segunda en el mundo en poderío, sigue enarbolando la bandera de nación perseguida para tener siempre alerta el sentimiento nacional y dispuestos los hombres al sacrificio.

Igual proceso vemos desarrollarse entre nosotros. Se agita el fantasma de la amenaza exterior, del imperialismo que pretende arrebatarnos nuestra independencia económica, confabulado con los elementos de la oposición que estarían dispuestos a entregar al país para conquistar el poder. Por este procedimiento, que tiene a su servicio todos los medios de difusión y ninguno de réplica o esclarecimiento, se siembra el temor en los habitantes, se presenta al ejército mancomunado con el gobierno como único defensor de la soberanía nacional amenazada y el sentimiento patriótico, alertado, devolvería a los que detentan el poder una cohesión interna que la lucha política amenaza.

La agudización del problema de las Malvinas no obedece a otro propósito. Toda la tormenta verbal levantada como espuma batida no tuvo más objeto ni más consecuencia que acicatear el sentimiento popular, despertar el celo nacionalista y desviar hacia afuera —el enemigo externo— la capacidad combativa que podría aplicarse a la liberación interna.

Pero si el juego es eficaz no deja de ser peligroso. No en vano se sacude la tranquilidad de una nación; es necesario que algún día el enemigo sea mostrado, es necesario que todo el aparato ideado para contenerlo o vencerlo encuentre su aplicación, pues arma no usada envejece y se derrumba. Por eso todo militarismo conduce a la guerra, todo régimen engendrado por la violencia las engendra a su vez.

La terrible pesadilla que pesa sobre el mundo actual, ¿no es la consecuencia directa del totalitarismo staliniano que no ha querido desarmarse terminada la guerra? No se ha desarmado porque no podía hacerlo por temor a las armas atómicas, por temor, sobre todo, a la situación interna que él ha creado. Si desarmara dejaría de pensar en su debilidad y los hombres oprimidos buscarían la fisura de la coraza por donde pudieran herirle. No puede desmontar el enorme aparato militar que lo apresa y apresa al mundo. Todos los tiranos dicen algún día las trágicas palabras de Macbeth “He ido tan lejos en el lago de la sangre, que si no avanzara más, el retroceder sería tan difícil como alcanzar la otra orilla”.

Si hubiéramos de caracterizar la diferencia entre democracia y totalitarismo, sólo en el plano de la política interna, señalaríamos la existencia del partido único como carácter inequívoco del segundo y la *marcha hacia el totalitarismo quedaría jabonada por toda medida legal o policial que impida, abierta o solapadamente, el juego libre y en igualdad de condiciones de los diversos partidos en los cuales pueda dividirse la opinión pública*. La existencia de éstos es el carácter expreso e inconfundible de la democracia sin que importe, a tal condición, el número de partidos. El partido único es siempre el partido oficial, es la máquina montada para conquistar y conservar el poder en beneficio de la oligarquía que disfruta de él. Es a menudo difícil, sino se conoce la historia de ese partido, determinar su carácter pues por su nombre y su apariencia formal puede simular perfectamente un partido democrático. Sólo podremos estar seguros de este carácter si los demás grupos políticos gozan de las mismas franquicias: acceso a los medios de información, de propaganda y difusión de ideas, ausencia de peligro para los hombres que los forman, en una palabra, absoluta igualdad (real y no aparente) para la acción de todos en el plano político y social.

En estos momentos y en nuestro país existen varios partidos políticos, además de los dos oficiales (peronista masculino y peronista femenino); tienen sus locales abiertos y la concurrencia a ellos es libre; realizan actos de propaganda —como el de esta noche—; pueden tener su prensa partidaria y continuar con aparente libertad su vida ordinaria. Pero quien milita en ellos sabe que los medios de propaganda son retaceados pues pocas imprentas se atreven a imprimir diarios, carteles o volantes si en ellos se deslizan expresiones que algún funcionario puede considerar ofensivo; del mismo modo los oradores se exponen a incurrir en el delito de desacato si no vigilan sus propias expresiones en conferencias, en mítines, etc. El público y los oradores tienen la sensación de realizar, no un acto común de la vida democrática sino un esfuerzo, un episodio de lucha, por momentos heroico. Hay quien se cuida de ser visto asistiendo al acto por temor a la pérdida del empleo, a quien, recordando los ataques y atentados, huye del posible accidente. En cualquier momento la policía puede interrumpir las reuniones o negar la autorización correspondiente y los empleados de la policía secreta asisten con regularidad a todos los actos públicos y hasta a los congresos de los partidos.

Un cerco de restricciones, intimidaciones, amenazas, prohibiciones rodea a los grupos políticos no oficiales que hace su existencia difícil, azarosa y aleja de ellos los hombres y mujeres de convicciones débiles o los indecisos hacia los cuales, normalmente necesita dirigirse especialmente la obra proselitista.

Así, con la apariencia de una organización democrática - que permite la subsistencia de los partidos de oposición- nos encaminamos hacia la organización totalitaria pues sólo el partido oficial tiene plena libertad de acción; él dispone sin trabas, sin esfuerzos de todos los medios de propaganda y, ante todo y sobre todo, dispone de dinero que, gastado a manos llenas, le permiten la compra de conciencias, el soborno directo o indirecto y el uso de una propaganda que, a través de todas sus formas audibles y visibles llega hasta la obsesión. Por este proceso se pueden alcanzar –casi sin derramar sangre- la supresión de los partidos de oposición.

Los pueblos que pasan por esta prueba dan en ella la medida de sus convicciones políticas y de su fe democrática y, como toda prueba profunda y dolorosa, las arraiga y las fortalece.

CONSTITUCION DE UN PARTIDO POLÍTICO: El período que hemos vivido desde fin de la I guerra mundial hasta hoy ha dado a quienes lo han contemplado, el conocimiento de cómo nacen, se forman y alcanzan el poder algunos partidos políticos, cómo otros sobreviven aún sin haber llegado a las posiciones supremas.

Este período histórico es el de la aparición del totalitarismo que, en forma violenta y convulsiva, describió, en algunos países, una órbita completa.

El totalitarismo no es precisamente un elemento nuevo en la historia humana. Es el absolutismo, el despotismo de Estado cuyo núcleo humano profundo –casi diríamos su plasma orgánico- es el de todos los tiempos, el que hace que todas las tiranías se parezcan entre sí sean de origen religioso, guerrero, político, sea en ellas el poder de proveniencia hereditaria o conquistado por el aventurero alzado a dictador.

Lo nuevo, lo que caracteriza el totalitarismo actual, es su entrelazamiento con el amansamiento y adiestramiento de millones de hombres por obra de la técnica militar y de la técnica industrial.

Dejamos de lado el análisis de este proceso social, muy complejo en sus aspectos psicológicos, social e individualmente considerados, para referirnos sólo a lo que nos interesa en él, desde el punto de vista de la formación de los partidos políticos.

Sean estos totalitarios o democráticos debemos distinguir varios elementos que los integran: el jefe, la masa partidaria, la doctrina.

EL JEFE: El significado, la influencia y los medios de acción de un jefe de partido político varían considerablemente si se trata de un grupo totalitario o de un grupo democrático.

Desaparecido el absolutismo del poder hereditario –tras largo proceso histórico- el ascendiente indiscutible debe ser conquistado por el jefe sea en el momento del asalto al poder (revolución) o tras un proceso de desplazamiento y absorción de otros hombres que lleva hasta la cumbre al *único*, que alcanza así la suma del poder. Es, en nuestra historia, la aventura de Rosas, es en la Europa de hoy, la de Stalin, Hitler, Mussolini, Franco.

No son ejemplos excepcionales. El tipo del dominador, ha existido siempre y no hemos, los modernos, inventado el término de dictador.

Lo que sí es moderno es la teorización del fenómeno, la aplicación de los conocimientos de psicología colectiva y su explotación consciente y cínica.

La doctrina de liderazgo ha sido expuesta por Hitler en su famoso *Mein Kampf* y en Italia por los *filósofos* del fascismo. Rocco sostiene que “el fascismo no sólo rechaza el dogma de la soberanía popular substituyéndolo por el de la soberanía estatal sino que proclama también que la gran masa de ciudadanos no es un abogado conveniente de los intereses sociales por el motivo de que la capacidad de desentenderse de los intereses privados individuales a favor de las exigencias superiores de la sociedad y de la historia es un don muy raro que constituye el privilegio de *unos pocos escogidos*”.¹

El jefe es, desde luego, un ser extraordinario² de condiciones superhumanas; los que creen en él lo consideran uno de esos hombres que surgen de cuando en cuando, como gracia providencial, para salvar a un pueblo. Perdida para siempre (al parecer) la teoría del origen divino del poder real, lo extraordinario y sobrenatural se encarna en el hombre accidental, surgido del pueblo. Este hombre no necesita saber ni experiencia, según la teoría del liderazgo, le bastan condiciones supremas de

1 Rocco. Citado por G. H. Sabine, en “Historia de la teoría política”.

2 Tuvimos nosotros un presidente que afirmó que él no era gobernante de **orden común**.

intuición, adivinación, premonición, sugestión, magnetismo personal etc., etc. Con esto él se impone a los hombres, conoce y resuelve todos los problemas, aborda todos los temas desde el arte y la ciencia pasando por la economía y la técnica; siempre afirma y corta. Él está siempre solo en el escenario y en el primer plano; todos sus ayudantes permanecen en la sombra, tras las bambalinas; los que preparan las entrevistas, componen los discursos, aportan los datos que permiten lucir conocimientos enciclopédicos (en nuestra época!) cualquiera sea el tema, permanecen ignorados pues una infidencia, puede costar la fortuna o la vida de la “eminencia gris” o del simple lacayo. Las indiscreciones de la historia son las que revelan, después, lo que había detrás de la audaz fachada. El aparato autoritario propio de ese sistema político prohíbe toda duda, toda crítica, abierta o pública, de ahí que la prepotencia de las afirmaciones siga siempre *in crescendo*, de ahí que la conducta desborde, sobrepase los límites razonables, se convierta en un torrente que acaba por arrastrar al dictador, a su corte y a su masa fanatizada, a veces, más allá de donde se lo propusieran en el momento de partir.

La propaganda de carácter puramente personal adquiere una importancia primordial. Los métodos publicitarios ideados para la venta de productos o la presentación de una empresa, por ingeniosos que sean, son pálidos e inermes al lado de los empleados para lanzar un hombre y mantenerlo en el poder. La incesante aparición de la efigie del jefe con variedad de indumentarias, pero con elementos fijos, invariables, para despertar cada vez la atención hasta conseguir la mecanización, es un hecho que se observa bajo todas las latitudes. Los “*métteurs en scène*” destacan el rasgo característico que, a fuerza de repetirse, se acentúa a veces hasta la caricatura: el mechón y el bigote recortado de Hitler, el ceño y la mandíbula inferior de Mussolini, la sonrisa paternal bajo el rudo mostacho de Stalin (sin poder borrar la crueldad de la mirada) y, en otras partes, la eterna sonrisa con deslumbrante dentadura. El objeto de tal reiteración es conocido: se trata a un pueblo como a los animales de laboratorio en los cuales se quiere desarrollar un *reflejo condicionado*. Se repite incesantemente la misma excitación con el objeto de obtener una serie de reacciones (movimientos, secreciones) de tal suerte que, al cabo de cierto tiempo, un pequeño y aislado excitante pueda desencadenar la serie refleja hasta el final. El proceso no crea nada específicamente nuevo, pues el movimiento reflejo es natural al organismo, lo que es nuevo es el encadenamiento obtenido artificialmente.

Cuando este reflejo condicionado se produce simultáneamente en una multitud sometida al mismo influjo, se acrecienta bruscamente hasta tomar a veces formas delirantes. Exactamente como un objeto, al ser reflejado en espejos paralelos, puede dar una serie de imágenes por reflexión de ellas mismas en cada espejo, así el gesto, la emoción pasa de un individuo a otro y se produce ese estado que algunos psicólogos han llamado de contagio mental, que explica las reacciones de muchedumbres bajo la influencia de la ira, del entusiasmo o del miedo.

Toda reflexión desaparece, el hombre pierde el sentido de la responsabilidad personal y se entrega al vaivén multitudinario.

¿Se puede llegar a “*acondicionar mentalmente*” a un pueblo? El ejemplo de lo que pasa en Rusia y dominó también en Alemania e Italia es su demostración acabada ¹.

El valor de este *automatismo colectivo* no ha sido descubierto por la política totalitaria, existía ya en el ejército pues forma parte del adiestramiento militar. Es obvio que, para obtener la acción eficiente y simultánea de millares de hombres, sea indispensable someterlos a un entrenamiento sistemático cuyo resultado es ese orden mecánico que el buen pueblo admira en los desfiles. Pero, detrás del automatismo físico, va escondido otro: el automatismo espiritual, tanto más fácil de obtener y más profundo cuanto menos defensa propia ofrezca el individuo. Por esto la disciplina militar resbala sobre los hombres inteligentes, refinados, de temperamento artístico, discutidores, razonadores, y, en cambio, amolda sin gran fricción a los acomodaticios, conformistas, torpes o lentos en su razonamiento, carentes de sentido artístico.

Ese automatismo psíquico es también buscado por el rito religioso. Cuando éste es cumplido –es en la gran mayoría de los casos- sin conocimiento de su sentido profundo, cuando la oración o la fórmula verbal es dicha sin análisis, puede perfectamente convertirse no en la forma sino en el objeto mismo de la creencia y acudir, como el verdadero derivativo, a la mente dócil del atribulado creyente que, cumpliendo ciegamente el rito, cree llenar sus deberes y obtener de su dios el alivio o los beneficios que le pide. Este automatismo –propio de todas las religiones, aun de las más evolucionadas- se

1 Cuenta Enrique Castro Delgado en “Cómo perdí la fe en Moscú” que cuando miembros del Komintern, al cual pertenecía, se reunían debían levantarse y aplaudir cada vez que se pronunciaba el nombre de camarada Stalin” y que debían vigilar con extremo cuidado la expresión del rostro, no fuera que alguien descubriera signos de cansancio o repudio.

desenvuelve en un plano psíquico que resiste, a menudo, al poder del razonamiento; suele quedar olvidado o fuera de la actividad común del hombre que llega al indiferentismo religioso y reaparecer en momentos de angustia individual o colectiva. Esto nos explica por qué, en esas circunstancias, se llenan los templos de seres que hallan, en el reencuentro o la reavivación del antiguo hábito, verdadero alivio y una especie de quietud y conformidad.

El automatismo psíquico creado por la religión o la educación militar está centrado alrededor de algo abstracto: dios o un ente colectivo: el ejército, la patria.

En ambos, un fuerte lazo afectivo une los distintos instantes del proceso. Hay una autoridad, querida o temida: el sacerdote, el jefe. Nadie puede discutir sus órdenes ni siquiera pedir aclaración o justificación del gesto reclamado (¿se dá alguna razón para explicar la señal de la cruz o el paso de ganso a quienes reciben la enseñanza?). Pero no cabe duda de que las circunstancias en las cuales tal enseñanza es impartida le ponen un tono emocional que las hace imborrables. Cabe aclarar que ese tono emocional puede ser de amor o de odio, según las características de los individuos y del momento, y estos sentimientos –aun atenuados a través de los años- reaparecen como una parte del reflejo condicionado.

El conocimiento de este proceso mental y su aplicación sistemática a la política es obra del totalitarismo. Ciertas órdenes religiosas, como las jesuítas, ciertos ejércitos, como el del Imperio Alemán, extremaron el sistema autoritario (es el famoso perinde ac cadáver) pero en estos casos y por perfecta que sea la aplicación, ella abarca a un grupo reducido de hombres que entran en la orden o pesa sólo sobre la parte masculina² de la población y durante un corto período de su vida.

En cambio el acondicionamiento totalitario obra sobre todos los componentes del pueblo sin diferencias de edad, sexo y ocupaciones. Tan vasto proceso no puede ordenarse en veinticuatro horas, por simple decreto. Debe ser estructurado paso a paso, sin excesiva rigidez inicial pues provocaría la rebeldía. Es evidente que el resultado depende mucho del material humano que se eche en el molde. Un pueblo militarizado como el alemán o sin práctica de la libertad como el ruso, son sustancias más maleable que un francés o un inglés y pensamos que una nación como la nuestra, heterogénea en su composición étnica, carente de un fuerte motivo emocional colectivo, también ha de ser reacia.

Si un dios, o la defensa contra el enemigo pueden constituir el centro del cual se hacen partir la excitaciones con las cuales se elabora la serie de reflejos condicionados bases del rito y de la disciplina militar, ¿cuál ha de ser el centro buscado en el acondicionamiento político? No se puede ser un ente abstracto, un ideal de difícil concepción para el común de los hombres, una doctrina, ni siquiera un objetivo social más o menos inmediato. Es necesario algo más concreto, más accesible a los sentidos ³ pues lo que se trata de construir es un aparato de cierta rigidez, dado que su objeto es aprisionar a un pueblo.

El *Jefe* desempeña ese papel. De él parten y a él convergen las líneas de fuerza. Él es el ser viviente, próximo, al cual se puede ver, oír, tocar, que puede ejercer atracción personal por el tono de su voz, la fuerza de su mirada, la energía de sus gestos y provocar el impulso irresistible que, a veces, empuja a la muchedumbre a aclamar, rodear y estrechar al ídolo. Estos fenómenos de entusiasmo colectivo¹ que salpican las páginas de la historia de todos los pueblos, no constituyen el acondicionamiento a que nos referimos, pero son, dentro de él –y basados siempre sobre el conocimiento de la psicología de los grupos- episodios cuya frecuencia y preparación es hábilmente graduada, para generar un permanente estado de excitación. De ahí lo espectacular de esos regímenes a los que debemos los grandes escenarios, las figuras gigantescas, las banderas desmedidas, las cabalgatas, desfiles con antorchas, etcétera.

La efigie de la personalidad máxima, multiplicada al infinito, en todos los materiales y colores pronto es acompañada por otros elementos concretos: escudo, banderas y emblemas partidarios que impresionan a los ojos; signos, saludos, posturas que actúan sobre el aparato neuro muscular; cantos, gritos, fórmulas de saludo, que obran sobre el oído². No se ha utilizado aún el olfato y el gusto. Todos estos elementos tienden a exaltar o servir al mismo hombre cuyas condiciones propias son magnificadas hasta lo indecible, lindando con el ridículo y la necedad para quien observa fríamente, *externamente* el proceso.

2 que seguirá en la vida civil saludando con un choque de tacones y rigidez en la columna vertebral.

3 Como es en el perro de laboratorio el sonido del timbre o el olor de la comida.

1 Desatar los caballos y arrastrar el coche de un presidente, por ejemplo.

2 El “Horst Wessel” de Hitler; “Giovinezza” de Mussolini, etc., etc.

Este encubrimiento del Jefe no es precisamente su obra propia, sino la de sus compañeros de aventura, amigos de la primera hora que necesitan explotar la tendencia al mesianismo latente en buena parte de cualquier pueblo. Más tarde, el dinero que afluye, permite pagar los instrumentos de propaganda, cada vez más abundantes y de creciente gravitación. La conquista del poder hace posible, por fin, desarrollar hasta la plenitud de la máquina montada alrededor del jefe y, desde ese momento, el acontecimiento sigue su curso incontenible. ¿Por qué encuentra todo Jefe ese séquito advenedizo cuya tarea esencial es acrecentar su personalidad mientras ellos permanecen en la sombra? En el llano están los encargados de gritar el nombre, de desencadenar los aplausos; más arriba los que aportan ideas para organizar homenajes y, más alto aún, los que se avienen a escribir discursos, a trabajar en el anonimato, renunciando al aplauso, a la posible gloria aunque no al beneficio material.

Es que, dentro de ese sistema de autoridad centrada, sólo pueden seguir en la órbita los que aceptan el sometimiento que implica la anulación de la propia personalidad. Un jefe de estado por ejemplo, presenta un plan trienal o quinquenal como obra propia; el nombre del verdadero autor se murmura en los corrillos, pero, para casi la totalidad de las gentes el único autor es el jefe. Los servidores, gracias a esa auto anulación, gozarán a su vez de alguna autoridad absoluta –reflejo de la suprema- que podrán ejercer sobre sus subordinados, como la que resbala jerárquicamente desde el general hasta el cabo.

Es de observación común que en los regímenes totalitarios pocas figuras aparecen junto a la del Jefe. Hitler mantuvo a Goering, Goebbels, Himmler, pero ¿cuántos otros compañeros de la primera hora fueron eliminados? Stalin, Franco, tienen a su lado hombres de apariencia secundaria, tanto más fugaces cuanto más talentosos e independientes.

La razón está no sólo en que pueden temer al sucesor –y muchos saben por propia experiencia cómo pueden la intriga, la traición y el crimen despejar el camino para el propio ascenso, hecho tan frecuentemente en la historia- sino porque el sistema totalitario no puede establecerse en otra forma.

En este intento de automatización de un pueblo el centro de reflejos del acondicionamiento no puede ser múltiple, debe ser necesariamente único, de lo contrario se llegaría a la incoordinación, al desequilibrio. Lo que busca el totalitarismo es convertir a un pueblo en una masa humana carente de toda posibilidad de rebeldía. Esta empieza en la crítica, en el análisis de las ideas, en la reserva mental. Transformada la vida en lo que dicta la propaganda recortada, recuadrada dentro de la serie de moldes que, por un lado permite el desarrollo técnico y por otro una legislación detallista, abundante, abrumadora, un pueblo se transforma cada vez más en algo oscuro, amorfo, que desborda por los planos inferiores del instinto. En la cúspide brilla una sola luz que es pensamiento, decisión, acción, que rehace el pasado y prepara el futuro: el Jefe supremo, el conductor, caudillo, führer o duce, semidiós tan idolatrado como temido cuya existencia es tan necesaria a la creación del sistema como a la prosperidad y perpetuación de todos los que, en los diversos escalones, usufructúan de él.

Esta organización monstruosa, antihumana, necesita para su estabilidad un aparato de contención: éste es el miedo. En los pueblos caídos en el totalitarismo, después de la guerra, este miedo ha podido alcanzar la más extrema crueldad: la persecución implacable, la prisión, la tortura hasta el martirio. Se ha hipertrofiado todo lo que reptaba en el antro de miedo: el espionaje, la delación, la traición, la venalidad cínica y desnuda que hace del espía nacional o internacional una figura universal y tolerada. Las épocas de la Inquisición y de las más brutales persecuciones religiosas han vuelto sobre la tierra revistiendo su máscara de odio con todo el perfeccionamiento que le presta la técnica actual, desde la creación de la red de la identificación policial, que aprisiona a la población entera, hasta el uso de drogas para la anulación del control cerebral.

Este gigantesco aparato del terror añade a la figura suprema del jefe la cualidad que nada puede igualar: dispensador del bien y del mal. Ante él cualquier hombre es pequeño, cualquier existencia insegura.

De esta suerte, el totalitarismo ha conseguido crear un régimen de absurdas contradicciones: la coexistencia de un aparato legal: constituciones, leyes, decretos, ordenanzas, etc.; la persistencia de poderes separados: parlamento, tribunales de justicia, etc., y la expresión de la voluntad popular por el sufragio, en una palabra, la apariencia de una organización democrática, junto con la autoridad autocrática hasta la tiranía. Todos saben, dentro y fuera del país, que cámaras, tribunales, administración, policía, ejército, iglesia, son los instrumentos dóciles del que posee el poder supremo.

Esta descripción no parece referirse al jefe de un partido político sino al jefe de un Estado, pero es que en todo país totalitario la realidad es ésta: el jefe del partido que ha alcanzado el poder se ha convertido en jefe del gobierno sin dejar la jefatura del partido y éste ha pasado a ser un instrumento de dominación gubernamental de tal suerte que una oligarquía –más o menos numerosa- domina el

país. Este partido –también automatizado- sirve para poseer los complicados mecanismos de un estado moderno.

Desde la elección falseada por el fraude o el terror hasta la distribución antojadiza de los puestos en la administración nacional, la justicia, la enseñanza, la organización sanitaria, el fin perseguido es eliminar, del aparato director de la Nación, a los hombres que, si no se someten incondicionalmente al jefe, hacen saltar en pedazos el sistema de automatización.

Es evidente que, en todas partes y siempre, los jefes de gobierno han buscado sus colaboradores entre los que podían comprenderlos y apoyarlos, y todo vuelco político ha significado siempre la substitución de unos hombres por otros, aún en las más sinceras democracias. Pero en el sistema totalitario la substitución quiere ser total, de modo que no pueda encontrar medio de trabajo quien no es adicto al régimen. La inseguridad es uno de los elementos mas constantes y eficaces del aparato de terror sin el cual este sistema se derrumbaría.

Un partido convertido en oligarquía crea una verdadera aristocracia política que divide al pueblo en partidarios y réprobos como las iglesias han separado los fieles de los herejes. Este partido nunca intenta abarcar la población entera –pues perdería su función de aparato de dominación-. Queda fuera de él la mayor masa a la que, justamente, se somete a l proceso de acondicionamiento.

Nos hemos detenido largamente en este análisis de la personalidad del jefe totalitario e, inevitablemente, en el medio que lo rodea, porque en los partidos políticos no totalitarios la personalidad del jefe es menos importante.

No siendo el partido un instrumento de gobierno y dominación, sino de acción política, el jefe carece de aparato autoritario. Su predominio nace de sus aptitudes. Es, a veces, el más capaz por la superioridad de su inteligencia, de su saber; otras por sus condiciones de organizador para arrastrar a la lucha, vale decir, es el juego libre de las distintas personalidades que se mueven en el seno de ese partido lo que ha llevado a uno –o a varios- a ejercer la función directiva.

Por grande que sea el prestigio del jefe, profundo el amor y hasta la veneración que lo rodean – cuando ese prestigio es el fruto de una larga y entera dedicación- no llega nunca a adquirir el carácter de dominio absoluto, indiscutible que tiene en el totalitario.

En algunos casos la personalidad es tan marcada e imponente que el absolutismo es casi innegable y la diferencia esencial entre un partido democrático y uno totalitario, a este respecto, proviene más de los hombres que constituyen la masa del partido y de la organización de éste, que de las propias condiciones morales del jefe.

Los caudillos de nuestros partidos políticos sudamericanos que se llaman democráticos se parecen a menudo al tipo totalitario, tienen su ambición ilimitada, su arrogancia y su desprecio por los que le están sometidos y cuando, además, son militares, ceden a la natural tendencia a introducir, dentro de su partido la disciplina y la jerarquía autoritaria con las que están consubstanciados. Pero los partidos que pueden tolerar tal clase de jefatura –por verdadera inmadurez democrática- no tienen precisamente las características de una organización política evolucionada que los convierta en el polo opuesto de la totalitaria. Son estados intermedios. Carecen de la sistematización y organización de las creaciones europeas, que arriba hemos mencionado, las cuales revelan un profundo conocimiento de la psicología de las multitudes al perseguir la esclavización del hombre por métodos concebidos con objetividad casi científica. El caudillo “south american” es el atraso social, la barbarie política encarnándose en un tipo de fuerte ambición. Por cierto, deprime su país, lo aleja de los contactos civilizadores, pero no deja en su contextura moral los estigmas de la esclavización a que puede conducir el totalitarismo si perdura suficientemente.

Los partidos políticos que se forman en países de alta evolución democrática no niegan al jefe, ni lo podrían negar, pero todo en ellos depende de la capacidad personal. La influencia, que podían ejercer un Batlle Ordóñez, un Roosevelt, un Vandervelde ¹ -fuera del gobierno o en él- no provenían ciertamente de la máquina autoritaria sino de su prestigio intelectual y moral y del acierto de su liderazgo. No negaremos que en esos partidos puedan formarse camarillas, que el líder pueda favorecer a unos y entorpecer la marcha de otros y que, aun en el más democrático de los partidos, jefes y subjefes puedan embriagarse con el incienso que los turiferarios que nunca faltan –sinceros o simuladores- quemem ante ellos. Pero lo esencial es que la organización partidaria supedite la autoridad del líder a la soberanía del partido entero, lo esencial es que la finalidad política del conjunto sea una organización social autoritaria, antiabsolutista. Sólo perdiendo su norte, negando su finalidad, podría un partido democrático aceptar un jefe con atributos totalitarios. Los que vivimos nos dan con

1 los socialistas belgas le llamaban: el patrón, mientras los españoles llamaban a Pablo Iglesias , el abuelo.

más frecuencia el caso contrario: el jefe de temperamento totalitario que finge, para medrar, la apariencia democrática.

LA MASA PARTIDARIA: Al hablar del jefe nos hemos referido necesariamente al conjunto de hombres que forman este organismo tan característico de los tiempos modernos, pues ha nacido del sufragio, forma directa de la acción política del pueblo.

Hemos afirmado anteriormente, que si el objetivo de un partido político puede ser clasista su composición humana puede no serlo; que un partido conservador puede encerrar en sus filas quienes sólo tienen, para ser conservada, su miseria y su ignorancia, y que un partido renovador puede contar en sus filas hombres y mujeres que perderían mucho de su bienestar si se realizaran, de inmediato, los fines del partido en el cual militan. Sostuvimos que son, ante todo, factores morales, intelectuales, temperamentales, los que empujan a los hombres hacia la militancia política y determinan su elección.

El solo hecho de la afiliación a un partido significa una selección, pues una parte de la población escapa, en todos los países, al marco de los diversos partidos. Esa masa fluctuante, que explica en todas partes las frecuentes alternativas electorales, no lo es por carecer precisamente de opinión, sino porque ésta no ejerce una gravitación suficiente para empujar a la militancia más o menos activa. Es necesario reconocer que la inquietud política no es frecuente, menos aún la pasión política. Estos exigen una conciencia social muy evolucionada y, en muchos casos, desprendimiento y generosidad.

Dejando de lado estas consideraciones sobre carácter individual, que lleva a un hombre a afiliarse a un partido debemos señalar las profundas diferencias que existen entre los grupos democráticos y los totalitarios.

Siendo en estos últimos tan marcado el predominio del jefe el partido entero es modelado por el pensamiento y el temperamento de éste.

Hitler formuló en "Mein Kampf" –convertida en la biblia alemana mientras dominó- la serie de ideas que debían aceptar sus adeptos; Lenin y Stalin enunciaron la doctrina comunista; Mussolini en sus incontables discursos y en sus artículos expuso la finalidad que perseguía y entre nosotros Perón exployó también en sus discursos y lecciones lo que se recogió con el nombre de doctrina peronista.

La actitud de los partidos es en todos los casos la misma: aceptación incondicional, renunciamiento al juicio propio, condenación de toda crítica, aun la más tímida. El pensamiento del jefe fija la *línea del partido*. Él puede modificarla según su conveniencia interna o la imposición de las circunstancias externas, pero quien intente no ya combatirla, sino sólo realizar una u otra adaptación se expone a la expulsión que a veces significa la muerte política o civil y más aún. No se trata siempre de modestos ciudadanos sino, a veces, de fundadores del partido, héroes de las primeras jornadas. Sin duda alguna, el ejemplo más acabado de tal sometimiento mental lo ofrece el comunismo stalinista y, lo que es asombroso, no sólo en el país dominado por él, sino en el resto del mundo donde cada partido constituido responde con absoluta fidelidad al modelo metropolitano.

Tal estado de espíritu cuando es sincero y total no puede denominarse sino fanatismo. Conduce a la negación de cuanto es ajeno a ese partido y puede producir en los más generosos y valientes un estado de verdadero heroísmo, tal como lo han evidenciado numerosos episodios de la última guerra.

Para alcanzar ese grado, la fanatización, el *acondicionamiento*, deben empezar desde los primeros años. De ahí que en todos los países totalitarios la política educacional sea la misma. Variarán los textos, la forma de la enseñanza, pero en todas partes, se utilizará desde el maestro primario hasta el universitario para crear el mito, la leyenda del héroe, del superhombre, benefactor providencial cuya sabiduría, justicia y saber universales merecen ser reconocidos y adorados.

En este caso el partido es la perfecta máquina montada para difundir esta mística y hundirla en la razón y en la carne del pueblo.

Llegado al poder, de inmediato se transforma en un instrumento de gobierno. Para ser admitido en cualquiera de los resortes del mismo desde el más modesto empleo y, con mayor razón, para alcanzar los más altos, hay que ser miembros de ese partido.

Esta condición lleva consigo la destrucción del partido mismo, pues todo oportunista, ambicioso o aventurero se verá obligado a seguir el camino de la afiliación y a destacarse acentuando su lacayismo. Este hecho impone en los partidos de gran envergadura, fuerte disciplina y larga duración, como el comunista, las frecuentes purgas destinadas a eliminar los impuros y el minucioso espionaje interno que sigue a cada afiliado como su propia sombra.

La disciplina es rígida, la autoridad indiscutible, el sometimiento absoluto y, en consecuencia, la más útil condición moral para subsistir es el servilismo interno y externo, verdadero mimetismo que permite, ante el poderoso, adoptar todas las posturas que le plazcan.

Estas condiciones producen un partido aparentemente fuerte y, con seguridad, aplastante. Mientras puede disponer de los medios que da el gobierno, mientras tiene a sus órdenes la policía y el ejército,

su actitud es arrolladora y podría parecer eterno. Pero, edificado como lo está sobre la superposición de autoridades hasta el jefe supremo, la desaparición de éste significa su desmoronamiento casi inmediato, salvo el caso de un sustituto ya instalado en el lugar como Stalin sucedió a Lenín.

Las prácticas comunes a los partidos políticos modernos, como ser elección de autoridades, congresos que juzgan la actuación de los dirigentes y representantes, formulan los programas de acción, etc., pueden darse también en los partidos totalitarios, pero este democratismo es una cáscara hueca. La presión, la delación, el temor, son los verdaderos e invisibles medios que determinan el voto. Este consagra lo que ya está hecho y añade la burla al miedo.

En los partidos democráticos la condición de los afiliados es distinta, pues no dependen, en su pensamiento y hasta en su existencia, del hombre único.

Lo esencial en el partido democrático es el espíritu que reina en sus filas: el respeto de cada individualidad, el derecho a las críticas razonadas de las teorías y de los hechos, la observación espontánea de la disciplina partidaria. Todo ello nace de la ausencia de una autoridad máxima intocable y de la posibilidad de desenvolverse dentro del partido sin temor a la delación, sin riesgo y sin disminución. En una palabra, la entrada, la permanencia y la salida del partido es espontánea en cada afiliado; nace de la libre aceptación de sus ideas, del acatamiento de sus fines y métodos, del reconocimiento leal de su disciplina, de la observación de los deberes y de la exigencia de los derechos de cada uno.

Cuanto más se cumplan estas condiciones en cada afiliado más verdadero es el democratismo del partido.

No podemos dejar de señalar que, en muchos partidos democráticos, faltan algunas o muchas de estas condiciones.

Es muy difícil desterrar el personalismo. Aun en países de larga tradición democrática la adhesión a un hombre determinado, sea por sus condiciones de orador o escritor, sea por su conducta política, puede alcanzar el grado incondicional. Quien a esto llega hace de su entusiasmo la medida de la verdad y no discute ideas sino hombres. Todos los partidos democráticos y socialistas del mundo han sufrido divisiones que, si bien se originaban a menudo en divergencias de interpretación de algo abstracto como lo es una doctrina, se centraban alrededor de los hombres prominentes que sostenían la disputa y los bandos llevaban la denominación derivada del nombre del que acaudillaba el movimiento. En esos momentos, más que oposición de ideas se trataba en realidad de lucha por el predominio personal, y en ella apuntaba, a través de mil resquebrajaduras, la psicología de jefe y de sus servidores que, en los partidos no democráticos, se expande sin contención alguna. Cuando los afiliados no son capaces de superar el personalismo, aun en sus formas larvadas, revelan su inmadurez democrática, inmadurez peligrosa para el progreso político. En efecto, bajo la influencia del movimiento totalitario de los últimos tiempos, ante el espectáculo de su triunfo arrollador, *en muchos ha vacilado la creencia en el valor de los métodos democráticos para la acción política*. En todos los partidos políticos del mundo hay quien acepta la conveniencia de exaltar una figura y muchos afiliados modestos –esos que los ingleses llaman “rank and file”- se prestan gustosos a servir de marco, sino de pedestal, creyendo así contribuir al fortalecimiento o empuje de la agrupación que forman.

No podemos negar que el mesianismo es frecuente en los hombres y se explica la tentación de atraerlos y engrandecer un partido utilizando esa tendencia. Sin embargo, nada más peligroso para toda organización democrática cuya salud está en mantener y ahondar en cada hombre las convicciones que hacen de un partido una república perfecta.

Nuestros afiliados, sinceramente democráticos, han repudiado siempre la fabricación intencional del pro-hombre. Los que se han destacado deben su encubrimiento a un proceso espontáneo y natural. Es, en este sentido, tan grande la repugnancia al endiosamiento que nadie se atrevería a dar a una obra socialista: biblioteca, editorial, grupo de estudios, etc., un nombre que no fuera un homenaje a un desperdicio.

El día en que esta sensibilidad se pierda entre nosotros, será el síntoma de un contagio de totalitarismo.

Es posible que esta modalidad nuestra aleje a muchos hombres. A los que sienten la necesidad de un jefe, a los que se embriagan al vociferar un nombre o aplaudir una única persona, a los que renuncian sinceramente a toda idea propia y creen que discutir es ofender, no puede atraerles una organización política en la cual esas tendencias no son estimuladas. Si, equivocadamente, se afilian, serán un elemento de perturbación hasta tanto la influencia del medio los haya modificado o, finalmente, enucleado.

Existe otro tipo humano, que es su polo opuesto: el hipercrítico. Es el eterno descontento, el que niega cualquier valor humano cuando éste se destaca; es, orgánicamente, iconoclasta. Si tales

condiciones temperamentales se acompañan de un complejo de inferioridad y de una inteligencia mediocre se llega al eterno intrigante, al que se ensancha las fisuras que pueden producirse en un partido, no en busca del provecho personal sino por una especie de deporte, ocultando, bajo apariencias doctrinarias, su pequeño o gran resentimiento. Si, por error de apreciación, este tipo se inclina hacia un partido de esencia totalitaria, pronto quedará anulado o vegetará olvidado. Estos hombres necesitan para expandirse el clima de libertad que sólo encuentran en el medio democrático. En este sentido son menos peligrosos que los del tipo servil que, si llegan a proliferar en un medio social cualquiera, hacen innecesaria la independencia de criterio o se acomodan demasiado fácilmente a su limitación.

El hombre que constituye el elemento formativo básico de todo partido democrático es, esencialmente, fundamentalmente, el que necesita el clima de libertad para su existencia espiritual, y en el momento en que decide su afiliación, tan importante como el conjunto de sus ideas políticas, tan decisiva como la influencia del ambiente familiar o social es esa necesidad de afirmación de su propio yo, afirmación que, para existir, no requiere siempre ser expresada verbalmente, bástale con ser sentida. En algunos, esa exigencia de libertad es intensa, profundamente arraigada; en otros, puede estar adormecida y despertar en el momento de un choque, pero existe siempre y esto es lo que da fisonomía propia a todos los movimientos democráticos del mundo. Sobre esta base, casi diríamos temperamental, se levanta el edificio intelectual, es decir, la serie de ideas elaboradas, sistematizadas las doctrinas e ideales que cada partido puede sustentar, que lo estructuran y definen y si crean coincidencias, también motivan alejamientos y, a veces, antagonismos entre grupos democráticos. Persiste, sin embargo, la base común que es la condición humana de sus afiliados. Este hecho se evidencia cuando la amenaza de la pérdida de la libertad o la necesidad de reconquistarla, acercan a hombres y mujeres de condiciones sociales e ideas políticas a veces muy alejadas. Su único plano de coincidencia es la necesidad de libertad, el consiguiente repudio del totalitarismo, el rechazo del opresor. Esto es característico de todos los movimientos de resistencia.

En los países que han sufrido el nacimiento, el desarrollo y la muerte de un régimen totalitario en forma tan completa como Alemania e Italia, se ha podido observar cómo, a pesar de la más severa y cruel persecución, subsistían tendencias políticas democráticas que, pasando a una especie de letargo o vida subterránea, esperaban el momento de su liberación para reconstituirse con las características anteriores. Del mismo modo se observa, debemos reconocerlo, que los que actuaron en partidos totalitarios pasaron a ese mismo estado en espera, sin duda, de la oportunidad de resurgir. Sin Hitler y sin Mussolini hay un neofascismo que, por ahora, poco ha de significar si no surge un nuevo jefe que vuelva a dar a esos hombres dispersos, la cohesión totalitaria. Su persistencia muestra la base temperamental puesto que el absoluto desmoronamiento del régimen en el cual creyeron debería mostrarles su error. Esto debe hacernos comprender que el totalitarismo no ha muerto. ¿No hemos visto resurgir el rosismo entre nosotros?

LA DOCTRINA: No bastan los hombres que dirigen y la masa partidaria para constituir un partido. Estos hombres que se agrupan para una acción premeditada y voluntaria cual es la de influir en la dirección de la nación, deben necesariamente saber lo que es esa nación y hacia donde han de dirigirla. Hemos señalado que, desde un punto de vista general, pueden agruparse los hombres para conservar o para renovar lo existente. Pero no han de coincidir en todos los aspectos, medios y limitaciones de lo que se conserva o se cambia.

Países de marcada evolución democrática como Francia ofrecen en su escenario político una extrema división de los grupos; otros, como Inglaterra y Estados Unidos, una polarización casi completa. Hay que recurrir a la historia de esos países para comprender la razón de esa estructura y debemos reconocer que la diversificación de los partidos no siempre constituye un factor de progreso político aunque sí señala libertad espiritual y capacidad de discernimiento propio, puesto que los diversos partidos corresponden a sectores de la opinión pública y traducen, tanto como la separación de los intereses económicos, los variados enfoques de problemas comunes.

Al hablar del jefe totalitario hemos debido referirnos forzosamente a la elaboración de las doctrinas que él ofrece como razón espiritual de la existencia de su partido, ocultando, por supuesto, los tratos oscuros que le llevaron dineros y los intereses reales que sirve.

Estas doctrinas, generalmente, nacen con el jefe y lo común es que éste se apodere de ideas preexistentes a las cuales cambia simplemente el ropaje. Son una creación verbal, no ideológica, dado que, en nuestra época, es difícil aportar ideas nuevas en materia política. Por otra parte, ellas se reclaman de la intuición, de la inspiración y lo que hacen es extraer del fondo de la memoria ideas ya dichas y, a veces, manidas.

Por ser la expresión del hombre supremo, omnisciente e indiscutible, llenan la función del dogma. Deben ser creídas y difundidas sin cambio alguno pues esto es herejía. Al morir el jefe, junto con su partido (Hitler, Mussonili), la doctrina se disgrega. De ella sobreviven el nombre y alguna que otra forma verbal que puede servir para unir algunos sobrevivientes o encubrir la ambición de un naciente sucesor. Pero de lo que debía ser la médula de un orgulloso movimiento destinado a cambiar los destinos del mundo no quedan sino fragmentos pútridos.

En el discurso que pronunciara el ex presidente de Guatemala, don Juan José Arévalo, al dejar su alto sitio, sostuvo que en el mundo actual subsiste la ideología hitlerista. “Tengo la opinión personal de que el mundo contemporáneo se mueve bajo las ideas que sirvieron de base para erigir a Hitler en gobernante y para incendiar el mundo una vez más en 1939. Y es que el hitlerismo fue tratado por sus adversarios únicamente como un peligro militar. De este error táctico nace el hecho de que el hitlerismo fuera vencido exclusivamente en los campos de batalla y, conformes con eso, nada hicieron los vencedores para combatirlo o negarlo en los otros planos de su poderosa estructura. El hitlerismo, en efecto, fue siempre y sigue siendo mucho más que una aventura militar e imperial, es un vigoroso movimiento vitalista, pagano y racista que se confiesa idealista, despectivo ante soberanías ajenas, avasallador del pensamiento en las masas, insuflado de insolencia aristocrática, autoritario hasta la violencia, antidemocrático y anticomunista. Y todo ésto es lo que no ha muerto”.

En efecto, todo esto no ha muerto, pues todo esto es mucho más viejo que Hitler y tardará siglos en desaparecer del escenario político universal.

El desprecio de las soberanías ajenas, es común a todos los países que han efectuado conquistas – y esto llena la historia-; el racismo fue elaborado como teoría en pleno siglo XIX pero su empuje avasallador y destructor sin piedad de los hombres estuvo en todas las guerras de religión –y hubo muchas-, y su insolencia aristocrática y autoritaria dominaba en Alemania desde Gran Federico, Bismarck y Guillermo II.

Todo esto sigue viviendo, por supuesto, en aquel país y fuera de él. Cambia de formas, de expresión, de vestidura según los pueblos y el momento. Lo que ha permitido que, a pesar de la derrota militar aplastante el nazifascismo no desapareciera totalmente es que hay en él un núcleo bélico que, por su potencia, ha modelado el resto de la doctrina. Es una doctrina de conquista. Para Hitler era toda Europa y luego el mundo lo que debía ser dominado; para Mussolini se trataba de reconstruir el imperio Romano. No son los militares vencedores, ni los fabricantes de armamentos – aun cuando se trate de países democráticos- los que van a llevar al mundo al desarme. En Rusia y en los países que domina en Europa y Asia, la militarización ha seguido *in crescendo* y ella, más que ningún otro país, sufre de ese contagio al que se refiere Arévalo, que hace que el vencido infecte al vencedor.

Por otra parte, la ideología nazifascista, de fácil captación, sirve admirablemente a cualquier ambicioso que quiera escalar el poder, inclusive en países democráticos: las masas exigen un jefe, ellas son incapaces de encontrar su vía por su propio esfuerzo, su ignorancia y versatilidad es causa del constante vaivén de los partidos, el simple hombre del pueblo no necesita más que realizar su tarea y entregar su destino al hombre providencial, etc., etc.

El Dr. Arévalo se refiere a los “hitleritos caricaturescos que se multiplicaron allá en Europa y aquí en América”. Pero ¿Fue ello producto de la victoria de las democracias? No lo creemos. Los tiranos y tiranuelos han abundado en nuestras tierras y, pasado el primer momento de la epopeya libertadora de comienzos del siglo XIX, todos los centro y sud americanos hemos sufrido, en períodos más o menos largos, la abominable dominación. Lo nuevo es que Hitler ha dado una teoría y medios de acción, ha sabido encontrar una contextura orgánica y de apariencia científica para lo que, en todo tiempo y en todas partes, ha sido el objetivo de cualquier dictadura: la posesión de un pueblo para doblegarlo y convertirlo en sustancia y alimento del hambre de poder y riquezas de la oligarquía dominante.

Esto demuestra el extraordinario valor de la doctrina política. Ella es la que da verdadera cohesión al grupo humano que forma un partido, sea este totalitario o democrático, conservador o renovador. Si su influencia se extiende más allá de su cuna geográfica o pasa de una generación a otra es porque hay una ideología que puede ser transmitida, prácticas que pueden ser imitadas aún cuando deban sufrir la traducción a otras lenguas y, adaptarse a otras costumbres.

La diferencia esencial entre los partidos totalitarios y democráticos, desde este punto de vista, es que en los primeros ésta es emanación directa del jefe.

Si Lenin se apoyó en Marx y extrajo de él lo que podía servirle para construir su sistema, si Stalin ha seguido el mismo procedimiento, aun cuando el conjunto de ideas no sea de su exclusiva creación, aun cuando encontrara teorizadores, filósofos, hombres de ciencia para apuntalar sus afirmaciones, lo que ha resultado de ese complicado proceso se llama Leninismo-Stalinismo. Del mismo modo

alrededor de Hitler y de Mussolini actuaron hombres como un Rosenberg, un Gentile, pero cualquiera haya sido el aporte de sus ideas estas doctrinas emanaban del jefe y el pueblo las recibía como un don supremo que no necesitaba comprender ni podía discutir.

En un partido democrático el proceso es distinto. Marx, por ejemplo, fue estudiado hasta lo exhaustivo por alemanes, franceses, italianos y sus ideas fueron médula de los partidos socialistas en esos países.

Ninguno se llamó nunca marxista o antimarxista. Hubo socialistas, revolucionarios o socialistas reformistas, sindicalistas y socialista guildistas, pero todas esas diferencias significaron conceptos distintos en cuanto a métodos de acción –no de objetivo final-. Aún cuando en las discusiones, más o menos apasionadas, se destacaron hombres de gran talento y erudición, los grupos definitivos no tomaron los nombres de ellos para distinguirse y, en el seno de éstos, hubo siempre lugar para la controversia amplia alrededor de las ideas de los líderes.

Por esto nos parece una inferiorización el llamarse hoy marxista o trotsquista como si, después de la muerte de estos hombres, ningún hecho nuevo se hubiese producido y la evolución de las ideas se hubiese detenido.

De igual modo los partidos liberales burgueses han elaborado un conjunto de ideas que, si no forman un todo tan orgánico como las doctrinas socialistas, están contenidas en la teorización que se fundamentan las instituciones republicanas y la economía capitalista. La larga elaboración de esta ideología ha *seguido*, a menudo, al desarrollo de los hechos. El nacimiento del industrialismo, su crecimiento hasta llegar a su gigantismo actual, la importancia, cada vez mayor, de la técnica y de la organización económica nacional e internacional, no han esperado para producirse la concepción genial brotada del cerebro de un fuhrer. La teorización es *post facto*, para explicar el hecho, para justificarlo, para dar sentido nacional a su existencia, a la consiguiente obligatoriedad de soportar sus consecuencia y dar así al aparato de Estado, dominado por la oligarquía poseedora, la estabilidad necesaria.

Desde Aristóteles y Platon pasando por los pensadores de la Edad Media y del Renacimiento hasta Montesquieu, Locke, Hume, Rosseau, una incesante corriente de ideas llega a nutrir el pensamiento moderno en un proceso en donde se amalgaman y reaccionan unas sobre otras, las doctrinas morales, teológicas, sociales, los descubrimientos científicos y –del mismo modo en la elaboración y desenvolvimiento de las ideas socialistas- si pueden señalarse hombres cuyo pensamiento ha ejercido una profunda influencia, no se encuentra un cuerpo de doctrinas políticas, expresión de un pensamiento único y cuya médula misma sea al mismo tiempo la autoridad del Estado con toda su gravitación policíaca. Esto es propio del totalitarismo y sólo comparable al dogmatismo religioso en sus épocas de mayor esplendor.

NUETRO PARTIDO: Todo lo que antecede puede ser considerado desde el punto de vista partidario nuestro para extraer de ello algún concepto de valor práctico.

¿Cómo se ha realizado entre nosotros el equilibrio de los tres elementos que hemos señalado: Jefe, masa partidaria y doctrina?

Desde su iniciación el Partido Socialista argentino está unido a la fuerte y preponderante personalidad de Juan B. Justo. A él se debe la Declaración de Principios tan amplia, completa, actual y clarividente que ha podido servir de guía durante más de medio siglo, pasando a través de difíciles etapas de historia argentina y universal y sirve todavía.

A él se debe la organización interna, nuestro tipo de propaganda que consiste en la difusión de conocimientos, exposición de datos y hechos encaminados a la formación libre de opiniones sobre la realidad social, sobre el devenir humano. A esta obra de investigación y esclarecimiento consagró su vida entera con tal desprendimiento y altura que señaló la ruta a todos los que, después de él, ocuparon las tribunas de nuestro partido e hicieron del proselitismo socialista la más alta escuela política de nuestro país.

Tan vasta inteligencia como tan entera y absoluta dedicación hubieran podido conducirlo a crear un partido análogo a los de la política criolla, ser él su caudillo y usarlo como máquina para escalar el poder. Pero el objetivo por él no era mantener o aumentar los males de nuestra vida política, sino hacer al pueblo argentino capaz vencerlos y encontrar, por su propio esfuerzo, la vía y los medios del perfeccionamiento humano integral.

El caudillismo al estilo de "South America" despertaba en él profunda repulsión. Pretendía enseñar, educar pero no dominar. De ahí el pensamiento que tantas veces han repetido los socialistas argentinos: "*a igualdad de inteligencia y energía, quién menos impone su persona es quién más impone sus ideas*".

A su renunciamiento consciente y voluntario del dominio personal, debemos la existencia de un partido profundamente democrático en el cual el reconocimiento del valor de un hombre no conduce a aceptar su liderazgo indiscutido. Junto con Justo, y después de él, otros han demostrado su capacidad y su pasión política, han continuado la tarea que él había comenzado. Así su desaparición, si ha significado una pérdida irreparable, no ha sido la señal de la disgregación. La obra dejada por él siguió congregando a sus compañeros de lucha y los que llegan hoy al Partido, sin haberlo conocido, entran en contacto con él a través de las ideas que ha dejado, reavivando la permanencia de su personalidad.

Hemos presenciado el desarrollo del totalitarismo, hemos visto surgir en nuestro continente los "Hitleritos" a que se refiere Arévalo; la teoría del jefe, que ha querido implantarse en América, perturba el entendimiento de más de un demócrata y, lo que es más grave, la de grupos socialista que, como el partido chileno, sostiene a un ex dictador para la presidencia de su país, so pretexto de que las masas ineducadas necesitan un conductor fuerte. Todo esto nos hace comprender mejor lo admirable de la previsión de Justo rehusándose a la Jefatura del Partido, puesto que el nuestro no tiene siquiera el cargo de presidente, que se observa en muchos europeos.

Debemos conservar celosamente este tipo de organización y, lo que aún más vale, su espíritu. Debemos ser capaces de permitir el surgimiento de poderosas personalidades pues por su inteligencia y su voluntad, mantendrán en el socialismo argentino la posibilidad de elaborar nuevas ideas y su dinamismo acelerará la marcha constructiva. Pero también debemos ser capaces de sostener con firmeza todas las disposiciones de nuestros estatutos y reglamentos que, al asegurar la soberanía de la base del partido, impiden que pueda ser arrastrado a alguna aventura si algún hombre, persiguiendo una ilusión, tuviera por fácil una arriesgada y prematura conquista del poder, o bien pretendiera convertir al partido en el trampolín electoral de su propia ambición.

La *masa partidaria*, la que forman los afiliados agrupados en sus centros, ésa es la fuerza inmovible de nuestro movimiento. La hemos visto, a través de escisiones violentas y dolorosas, mantenerse de pie, debilitada por la pérdida, pero confiando en la posibilidad de rehacerse. Muchos de nuestros viejos compañeros han sido los pilares sobre los cuales descansaba el edificio y, gracias a su firmeza, a su fe socialista, él pudo ser reparado. ¡Cuántos de esos hombres han sido llevados ya por la muerte! Sin embargo, seguimos adelante, llenados los claros de las filas por los nuevos que entran y encuentran, desde el primer momento, la organización, los cuadros, el ambiente interno que permiten a nuestro partido *renovarse sin cambiar*.

La absoluta igualdad de derechos y deberes entre los afiliados, la posibilidad de llegar a los puestos directivos en todo el país por el voto de todos, las medidas que aseguran la pureza de las elecciones internas y anulan las posibles camarillas, garantizan esa soberanía de la base.

Pero, tanto como estas disposiciones estatutarias, o más aún, es de valor esencial que en cada hombre o mujer de nuestro partido haya una permanente sed de conocer que los lleve a ampliar y a renovar sus ideas, impere la tolerancia y el respeto al pensamiento ajeno, la objetividad en las decisiones y el rechazo sistemático de todo lo que sea acatamiento incondicional. Demasiado sabemos hoy que el servilismo mental es un mal que anida, a veces inconscientemente, en muchos hombres y que lo sobrellevan hasta con alegría, pues los dispensa del esfuerzo del pensar propio.

El sentimiento de la dignidad individual vivo en cada afiliado, su libertad espiritual, la conciencia de una tarea común cuyas dificultades han sido voluntariamente aceptadas y cuya responsabilidad recae inconfundible. No deriva toda ella de las doctrinas sustentadas, ni de los fines perseguidos que, en ningún momento deben ser olvidados ni menoscabados por el oportunismo político, nace, en gran parte, del ambiente moral.

Justo dice, en Teoría y Práctica de la Historia: "en Política se miente, en Política se mistifica y aún se simula el error, cuando se tienen privilegios que defender o apetitos que puedan satisfacerse merced a la ignorancia y el engaño de los otros."

No es para esa política que el Partido Socialista fue fundado en la Argentina sino para combatirla implacablemente; para luchar contra los que, en defensa de sus privilegios, mantienen al pueblo en la ignorancia y en la superstición, para desenmascarar la mentira y el engaño.

Por esto, y desde el primer momento, alienta en nuestro Partido un alto espíritu de sinceridad, rectitud, lealtad y tal rechazo de los vicios que degradan al hombre, que la atmósfera interna fue de austeridad tan severa que muchos la juzgaron desusadas.

Este ambiente moral ha impedido que se aclimataran los aprovechadores de la política y, cuando la corrupción externa contaminó algún hombre, la incontenible reacción de todos los afiliados lo eliminó, cualquiera fuera su situación o su prestigio.

Esta función de vigilancia, confiada a los centros y celosamente cumplida, nos han inmunizado contra los males de la política criolla e impedido que entre nosotros pudiera prosperar el hombre cuyas armas son los favores o el dinero. Quien se destaca entre sus compañeros lo debe a su talento, la laboriosidad, dedicación al Partido.

Nuestras ideas, nuestra doctrina, no constituye dogmas. Aceptamos, más aún, necesitamos su permanente adaptación a la realidad social cambiante, a la verdad humana que perseguimos. El dogma nos convertiría en una iglesia: mataríamos al espíritu de renovación. Toda idea nueva debe ser estudiada, lo que no quiere decir, aceptada.

Pero sí creo, debemos aferrarnos a nuestra configuración moral. El ejemplo de los que nos han formado, de los que aún están entre nosotros conservando su espíritu de sacrificio generoso, su incorruptibilidad, ese ejemplo debe ser el espejo nunca empañado en el que podamos mirarnos. El día en que en él aparezcan deformaciones o manchas, habremos empezado a descender.

Podría ser que eso coincidiera con algún ascenso aparente: encubrimiento en las representaciones parlamentarias o comunales, dirección de reparticiones administrativas, ministerios, etc. Si tal proceso se debiera al abandono de nuestras ideas, a la mengua de nuestras exigencias morales, el socialismo habría sido vencido, dejando en el pueblo un vacío que nada podría llenar.

La conquista del poder, que algunos consideran posible, ha de significar no sólo el triunfo de nuestra concepción de la organización social o su posible realización parcial, sino también la aceptación de nuestra moral.

Llegar al gobierno del país para someterse a lo que Justo estigmatizaba: la mistificación, el engaño, la mentira; entrar en componendas, emplear el soborno, favores, empleos, gangas, para asegurar la fidelidad de los partidarios, sería matar lo más alto del socialismo que tiende al perfeccionamiento del hombre.

Aún cuando se proyectara una perfecta planificación económica, aunque hubiese socialización de industrias, o una inteligente política agraria, decaeríamos si aceptáramos que se rebajase nuestro concepto idealista de lo que debe ser el hombre, si transáramos con los métodos de idolización del líder, si empleáramos para mantenernos en el poder, la corrupción de los demás, la persecución de los que no nos quieren, la idiotización, por el uso de la propaganda sistemática, de los que no nos comprenden.

El gran drama de la Rusia soviética que es también el drama de la humanidad es el haber creído que se podía echar a todo un pueblo dentro de un molde férreo y ante la imposibilidad de tratarlo como sustancia inerte que se amasa, haber olvidado el alto sentido humanista del socialismo. Vaciado de su sentido moral que es el amor al hombre, la sed de justicia, el ansia de libertad, paz y fraternidad universal no queda más que el frío y duro esquema económico, que, en busca de una futura sociedad sin clases, llegue sobre la esclavitud de un pueblo, una oligarquía burócrata militar.

Somos una fuerza, organizada en la Argentina, con el objeto de llevar la humanidad hacia una forma de vivir más justa, más inteligente, más libre. Queremos desterrar la miseria física y espiritual, substituir el imperio de la fuerza bruta por el imperio del derecho; queremos borrar la crueldad ancestral, los odios raciales y nacionales para reemplazarlos por la bondad y la tolerancia que son la base moral de la cooperación y del entendimiento dentro y por encima de las fronteras, y todo ello, porque creemos en la perfectibilidad del hombre. Para nosotros, no es un ángel caído del cielo en la animalidad sino un ser en ascendente evolución; no purga sus pecados sobre la tierra sino que hace de ella el escenario de la maravillosa aventura de su vida inteligente, en busca de la libertad y queremos arrancar de esas creadoras fuerzas supremas, el lastre pesado de los siglos de barbarie y de barbarie actual.

Defendamos pues celosamente nuestro patrimonio moral que nunca nos ha parecido más precioso que en estos momentos; amplíemos sin cesar nuestras ideas, abramos nuestras filas a los hombres que quieran acercarse aceptando nuestra moral, compartiendo nuestras ideas, no en busca del beneficio personal, sino del puesto de lucha y hasta de sacrificio.

Así, como partido fuerte, unido, consciente de su papel histórico, haremos frente a todas las borrascas.

Y si la suerte nos fuera adversa, y la fuerza bruta arrasara nuestras Casas del Pueblo, volveríamos a resurgir, como lo han hecho nuestros camaradas europeos. Ningún tirano ha podido nunca impedir el curso de la historia, ni apagar en el hombre el impulso que lo lleva más alto y más allá.